

Editora Norma Fuller

Jerarquías en Jaque

Estudios de género en el área Andina



Rossana Barragán | Maruja Barrig | Maria Cuvi | Francesca Denegri | Marfil Francke
Norma Fuller | Maria Alicia Gutiérrez | Gloconda Herrera | Liuba Kogan | Maria Emma
Mannarelli | Maxine Molyneux | Pepi Patrón | Cecilia Rivera | Patricia Ruiz-Bravo
Cecilia Salazar | Teresa Valdés | Ximena Valdés | Virginia Vargas

Jerarquías en jaque

Estudios de género en el área andina

Norma Fuller (editora)



Pontificia Universidad Católica del Perú



UNIVERSIDAD DEL PACÍFICO
CENTRO DE INVESTIGACIÓN



Índice

Agradecimientos 9
Norma Fuller

Prefacio 11
Maxine Molyneux

Introducción 15
Algunos caminos recorridos.
Estudios de género en el área andina
Norma Fuller

I. El movimiento de mujeres como innovación teórica y política 29

Melismas o el tono de los discursos de género en el Ecuador 31
María Cuvi

Itinerario de los saberes feministas entre dos milenios 59
Virginia Vargas

Comentarios 95
Pepi Patrón

II. Las mujeres y las fronteras del género 103

¿Dónde están las mujeres?
Legislación y prácticas legales en Bolivia en el siglo XIX 105
Rossana Barragán

La escritura, el espacio público y la experiencia femenina 143
María Emma Mannarelli

Comentarios 181
Maruja Barrig

III. ¿Supuestos que se derrumban?
Identidades de género y discursos sobre sexualidad 187

Identidades en tránsito:
femineidad y masculinidad en el Perú actual 189
Norma Fuller

La investigación en sexualidad y derechos sexuales en Chile:
avances y desafíos 221
Teresa Valdés

Comentarios 245
Francesca Denegri

IV. ¿Indias o ciudadanas?: género y etnicidad 249

Mujeres indígenas y cohesión nacional en Bolivia 251
Cecilia Salazar

Andinas y criollas: identidades femeninas en el medio
rural peruano 283
Patricia Ruiz-Bravo

Comentarios 321
Cecilia Rivera

V. Género y globalización 329

Matriz cultural y globalización en Chile:
una mirada a la vida privada en el medio rural y urbano 331
Ximena Valdés

Vicios privados, virtudes públicas: el impacto del
fundamentalismo católico en las políticas públicas sobre
sexualidad en la República Argentina 353
María Alicia Gutiérrez

Comentarios 381
Liuba Kogan

Género, familia y migración en el Ecuador:
lo viejo y lo nuevo 383
Gioconda Herrera

Comentarios 407
Marfil Francke

Sobre las autoras y comentaristas 409

Género, familia y migración en el Ecuador: lo viejo y lo nuevo

Gioconda Herrera

En este artículo intento hacer un doble recorrido. Por un lado, busco relacionar el aporte de los estudios de género al análisis de las migraciones internas que se realizaron en el Ecuador en la década de 1980 con los trabajos recientes sobre género y migración internacional en la globalización. La idea es encontrar las coincidencias y las necesarias distancias y diferencias que se perfilan en estos dos momentos, y plantear su utilidad para la interpretación de la migración ecuatoriana.¹

Por otro lado, este recorrido es al mismo tiempo una manera de hacer un balance sobre mi propia incursión en los estudios de género en el país. En efecto, me inicié como socióloga rural en el año 1990, con un estudio sobre trabajadoras rurales en una zona con fuerte tradición migratoria masculina a las ciudades y, luego de diez años, he vuelto al tema de las migraciones pero esta vez en el ámbito internacional. En estos diez años, los temas abordados fueron diversos, pero una de las inquietudes que ha acompañado mis reflexiones es la idea de cómo repensar la familia desde la perspectiva de género. El feminismo ha cuestionado esta categoría porque oculta las desigualdades y por su carácter homogenizador de las relaciones sociales. En ese sentido, ha sido fundamental para desmontar el carácter «natural» de la institución familiar y para mostrar las limi-

¹ Esta parte se basa en los hallazgos de dos investigaciones emprendidas por el Programa de Género de FLACSO Ecuador. La primera, realizada junto con Alexandra Martínez en la región Sur del Ecuador, fue un trabajo exploratorio para entender el nuevo perfil de la migración internacional (Herrera y Martínez 2002). La segunda, junto con Mar Correa y María Cristina Carrillo, se centró en la percepción en jóvenes sobre su condición de hijos/hijas de migrantes contrastándola con las representaciones sobre la familia migrante y los jóvenes en sectores educativos y la Iglesia. Esta es una investigación en curso.

taciones analíticas de categorías como la de estrategias familiares, en el análisis de las sociedades andinas. Al mismo tiempo, también es cierto que la familia sigue siendo central en las experiencias vitales de hombres y mujeres, y de manera más intensa en la vida de los y las migrantes por la propia fragilidad que implica la experiencia migratoria. Esta percepción, y hasta cierto punto contradicción, ha estado rondado en mis trabajos. En ese sentido, otro de los objetivos de este artículo es que este recorrido me permita dejar planteadas algunas ideas sobre cómo el fenómeno de la migración internacional ofrece un campo privilegiado para despejar algunos de los interrogantes que, sobre la construcción social de la familia, pueden hacer los estudios de género en el Ecuador.

El estudio de las migraciones es un tema viejo y nuevo a la vez. Viejo en el sentido de que varias de las herramientas conceptuales que se utilizaron en la década de 1980 para analizar las migraciones internas, por ejemplo las «estrategias de sobrevivencia o «familiares de vida», o la concepción de redes sociales, vuelven a aparecer en el análisis de los fenómenos de la migración internacional en la globalización. De allí que ciertos cuestionamientos que fueron realizados desde el análisis de género a conceptos como «hogares», «unidades domésticas» y «estrategias familiares de supervivencia» son todavía bastante útiles para una re-lectura del fenómeno migratorio.

Pero también es un campo nuevo en la medida en que la migración internacional ha sido poco estudiada en el país, a pesar de que en el Ecuador han existido flujos importantes desde la década de 1960. Es a raíz del éxodo masivo de ecuatorianos/as a Estados Unidos y Europa, a finales de la década de 1990, que empieza a surgir una demanda por interpretaciones que vinculen este fenómeno tanto en términos estructurales —globales— como en relación con sus impactos sociales y económicos en las comunidades de origen.²

2 Las primeras olas migratorias tuvieron como destino Venezuela y los Estados Unidos (50-60 y la década de 1970) y fueron principalmente de origen urbano. En la década de 1990, la migración se centra en dos provincias del sur del país, Azuay y Cañar; el destino es mayoritariamente Nueva York, y el perfil del emigrante es principalmente rural y masculino. A mediados de la década de 1990, este perfil empieza a diversificarse, hombres urbanos y

Por otro lado, su novedad también radica en que las características propias del proceso de globalización —formas de inserción laboral, desarrollo tecnológico de las comunicaciones y del transporte, globalización financiera— hacen que la experiencia migratoria y sus repercusiones en origen y destino sean diferentes de aquellas vividas en los años 60 ó 70 del siglo pasado.

Una primera parte de este trabajo analiza los principales aportes que hicieron los trabajos sobre migraciones internas en el Ecuador y las contribuciones que se hicieron desde los estudios de género. Una segunda parte intenta vincular este conjunto de herramientas con algunos de los enfoques actuales sobre género, migración y globalización. Finalmente, propongo que los aprendizajes que nos dejaron los años ochenta en torno del tema pueden ser retomados con la condición de incluir en el análisis una perspectiva de género a los conceptos de comunidad y familia transnacional.

1. Los estudios sobre migración interna en el Ecuador

Las migraciones internas empiezan a ser motivo de análisis en el país desde la década de 1970. En esta década predominan los trabajos demográficos, económicos y de la geografía que generalmente estudian el fenómeno desde un punto de vista estructural, asumiendo que se trata de procesos definitivos. Estos estudios se centraron en los desplazamientos rural-urbanos, las migraciones temporales desde las áreas minifundistas hacia las grandes unidades productivas agrícolas y los procesos de colonización (Carrasco y Lentz 1985: 7). Sus resultados contribuyeron a entender tanto las transforma-

mujeres rurales y urbanas empiezan a alimentar en números crecientes los contingentes migratorios y los lugares de origen y de destino se diversifican (Jokisch 2001, Herrera y Martínez 2002). Actualmente, España es el primer país de destino, seguido de los Estados Unidos e Italia (FLACSO – Banco Central del Ecuador 2003). Sobre la segunda ola migratoria, ver Carpio 1992, Borrero et al 1995, Jokisch 2001, Pribilsky 2001, Kyle 2000. La tercera ola migratoria, 1998 en adelante, ha sido analizada en dos revistas: *Ecuador-Debate*, N° 54, diciembre 2001 y *Revista Iconos* N° 14, FLACSO-Ecuador, diciembre 2002.

ciones agrarias como los procesos de urbanización del país y la modificación en la configuración de los espacios locales.³

En la década de 1980 se producen trabajos que van a cuestionar ciertos supuestos anteriores al plantear el fenómeno de la migración temporal como un tema que permitía visualizar otro tipo de procesos: la migración como estrategia familiar, como estrategia comunal, como forma de recampesinización, como mecanismo de reproducción cultural o su opuesto, como mecanismo de descomposición (Lentz y Carrasco 1985, Farrel et al 1988, Martínez 1985, Lentz 1991).

Estos análisis partían de una crítica a la visión «modernizadora» de la migración. Es decir, a las explicaciones basadas en el juego de los factores de expulsión y atracción que suponían dicotomías tales como sociedad de origen/destino y polos tradicional/moderno, como si se tratara de espacios autónomos. Esto a su vez derivaba en conclusiones acerca de los efectos de la migración en términos de «descomposición, aculturación, desestructuración, asimilación, individualización (Carrasco y Lentz 1985: 8), fundamentalmente, como procesos sin retorno, en los cuales los impactos en la sociedad de origen desaparecían.

Por otro lado, también se situaban en contra de perspectivas estructurales que privilegiaban la relación entre la migración y los procesos de acumulación capitalista. Es decir, los procesos macro de reasignación de los recursos: la demanda de fuerza de trabajo en el sector industrial y la expansión de los servicios junto con la penetración del capitalismo en el campo, eran los factores estructurales que explicaban la migración campo ciudad. En esta perspectiva, la migración también es vista como un fenómeno unidireccional de campesinos caminando hacia la proletarización urbana.

³ Agradezco a Gina Ruales, becaria del Programa de género de FLACSO, quien participó en la elaboración de la revisión bibliográfica de los estudios sobre migración interna en el país.

Una primera crítica a estas dos perspectivas es aquella que retoma el caso de la migración temporal demostrando que en estos procesos difícilmente se puede hablar de un cambio unilinear hacia la modernización o al desarrollo capitalista. La migración temporal no es un paso, ni una etapa, ni una transición hacia la migración definitiva, ni hacia su proceso social concomitante: la proletarización. Por el contrario, se postuló que dicha migración era parte de un conjunto de *estrategias de supervivencia de las familias*. Para Pachano, este concepto aludía al «objetivo común al cual todos los miembros de la familia apuntan» (1985: 140) y permitía entender que, más allá de las determinaciones estructurales, las familias eran agentes que actuaban sobre su contexto. La migración temporal era vista fundamentalmente como una estrategia económica. Las familias acudían a ella para resistir a los embates del capitalismo y garantizar su reproducción. Para algunos autores, la migración implicaba privilegiar lo familiar sobre lo comunal (Martínez 1985), para otros más bien expresaba la reproducción de lo comunal (Carrasco y Lentz 1985). Asimismo, algunos postularon un progresivo desmoronamiento de los mecanismos de solidaridad y reciprocidad de la comunidad y el carácter «erosionador» de la migración (Martínez 1985); otros visibilizaron la conformación en los procesos migratorios de redes y cadenas de apoyo que más bien revivían y reproducían estos mecanismos de solidaridad (Carrasco y Lentz 1985). Este primer conjunto de trabajos estuvieron básicamente orientados a explicar las peculiaridades del mercado de trabajo capitalista y poner de relieve la funcionalidad de las formas pre capitalistas a la acumulación (Lentz 1991: 15). En otras palabras, aparece el espacio de la reproducción como un lugar fundamental para el análisis.

Un segundo concepto que surge de estos trabajos es el de la relevancia de los horizontes y las trayectorias migratorias. Carola Lentz plantea que para entender los condicionamientos objetivos de la decisión de migrar había que tomar en cuenta, además del proyecto familiar, la experiencia cultural migratoria del entorno, es decir, la tradición migratoria, por un lado, y la forma en que la migración implicaba cambios en la manera de concebir la propia re-

producción de la familia y de la comunidad. Esto es, Lentz planteaba la necesidad de mirar de manera dinámica el ir y venir de la experiencia migratoria y su impacto en la vida de los que se quedan y los que se van (1985, 1991).

Este conjunto de trabajos sobre migraciones internas plantean ya varios de los temas que serán debatidos en el contexto de las migraciones internacionales en la globalización en la década de 1990. Me refiero a los conceptos de redes sociales (aún no se hablaba de capital social), estrategias familiares de supervivencia o de reproducción, decisiones familiares, flujos de información y valoraciones que dirigen y limitan el campo de opciones de los agentes sociales, entre otros. El interés fundamental de este conjunto de trabajos era matizar la interpretación puramente estructural y económica del fenómeno, colocando a la unidad familiar como un nivel meso de análisis que pudiera rescatar el rol de los agentes sociales, en este caso la familia entendida como un todo uniforme en la determinación de ciertas dinámicas sociales. Esto cobraba sentido especialmente cuando se hablaba de grupos indígenas, bajo el supuesto de que la adscripción étnica significaba la permanencia de una serie de lazos de solidaridad e intercambio que se reproducían más allá del territorio debido a una especie de *habitus* de resistencia histórica.

Es necesario mencionar que, a pesar de que las mujeres rurales jóvenes aparecen como el grupo más numeroso en cuanto a emigración campo-ciudad hasta finales de la década de 1980, no se realizó en el país ningún estudio que recoja esta experiencia en particular.⁴ La gran mayoría de trabajos se centraron en analizar la migración masculina a las ciudades y la conformación y permanencia de las redes sociales y familiares tanto en la ciudad como en el campo. Se destacaba el rol de las mujeres en la reproducción de estas redes y de las matrices culturales andinas, pero no se las analizaba como mi-

⁴ No contamos, por ejemplo, con ningún trabajo que analice la experiencia de las mujeres migrantes en el trabajo doméstico urbano, antecedente que hubiera servido de mucho en términos comparativos ahora que la migración internacional de mujeres ecuatorianas está en su gran mayoría inserta en este sector en varios países europeos.

grantes. En todo caso, de alguna manera, el concepto que ahora se denomina «comunidades transnacionales» estaba ya delineándose al analizar la reproducción de lazos sociales comunales en las ciudades, y cómo estos servían para amortiguar los costos y las rupturas que significaba la migración hacia las ciudades.

Si bien estos estudios no mencionaron explícitamente a las mujeres ni trataron el tema de género, es posible derivar tres conclusiones a partir de las ausencias. En primer lugar, el supuesto fue que las mujeres eran, por un lado, portadoras de la matriz cultural tradicional o receptoras pasivas de los embates de la modernidad, y que los agentes de cambio eran los varones. Es decir, la dicotomía tradición/modernidad se traducía en la oposición mujer/hombre.⁵ En segundo lugar, con la introducción de este nivel intermedio de análisis —las familias—, empiezan a aparecer las mujeres como actoras económicas importantes, al visualizarse la articulación de sus actividades reproductivas dentro de estas estrategias de supervivencia con lo productivo. Surgen, entonces, mujeres articuladas a lógicas familiares que, a su vez, están conectadas a procesos estructurales. Sin embargo, en los análisis no aparecen las especificidades de las experiencias femeninas en calidad de migrantes a las ciudades o como trabajadoras en la agroindustria.

Muchos de estos trabajos se enmarcaban en el estudio de las transformaciones agrarias, campo en el que precisamente surgen los primeros estudios sobre la condición de las mujeres y las relaciones de género (Stolen 1989, Poeschel 1986, Barsky et al 1984).⁶ Dentro de estos, el impacto de la migración masculina sobre la vida de las mujeres campesinas será uno de los temas privilegiados.

⁵ Esta dicotomía también está presente en los primeros trabajos sobre mujeres indígenas en el país. Estas son analizadas, fundamentalmente, como sujetos de resistencia y reproducción cultural más que como sujetos de cambio (Herrera 2001).

⁶ En el Ecuador, mucho antes de que se empezara a trabajar temas relativos a las relaciones y/o identidades de género urbanas, la situación de las mujeres rurales e indígenas fue la que originó la discusión sobre la discriminación de las mujeres y las relaciones de género (Herrera 2001).

En estos estudios, la migración es analizada como un factor que altera profundamente la organización social tradicional, pero sus consecuencias son variadas. Rosero (1986) señala el peso del trabajo que recae sobre las hijas mayores y las ancianas, fenómeno que reaparece en la migración internacional de finales del siglo. La sobrecarga de trabajo y emocional que significa para mujeres adolescentes y adultas mayores el quedar al cuidado de dos, tres, cuatro niños menores es un fenómeno muy frecuente en zonas de alta migración.

También se señala una mayor valoración social de las mujeres dentro de sus comunidades, debido a su creciente participación en la toma de decisiones respecto al trabajo productivo y a la organización comunal (Rosero 1986). Poeschel (1986), en cambio, en un trabajo sobre las mujeres Salasacas, enfatiza el deterioro de su situación debido a la sobrecarga de trabajo en ausencia de los varones y, lo que esta autora denomina, procesos de desestructuración cultural.

En estas investigaciones se va delineando una oposición entre los estudios preocupados por visibilizar el trabajo de las mujeres campesinas y su rol fundamental en la articulación entre reproducción y producción en la economía capitalista, y aquellos trabajos que más bien priorizan representar a las mujeres como actoras estratégicas en procesos de resistencia cultural. El primer abordaje es un tema que estaba siendo analizado extensamente en todo América Latina. La idea central era demostrar que la producción campesina de subsistencia, liderada por las mujeres, estaba conectada con el sector moderno bajo una dinámica de género que ocultaba dicha conexión (Cuví 1993). Este tipo de reflexión se enmarcaba en la agenda feminista que buscaba principalmente la valoración del trabajo de las mujeres rurales. Por otro lado, el segundo tipo de estudios se enmarca en una agenda más bien etnicista, que mira a las mujeres campesinas, especialmente indígenas, como las principales portadoras de estrategias de resistencia cultural frente a lo que se interpreta como embate de la modernidad sobre formas de supervivencia tradicionales (Poeschel 1986). Si bien las mujeres en

los dos casos son analizadas desde el punto de vista de su pertenencia a una familia y el despliegue de estrategias colectivas de supervivencia, es importante señalar el intento de entenderlas articuladas a procesos estructurales de cambio o resistencia al cambio. Sin embargo, es pertinente señalar que estos estudios no logran conciliar una mirada que articule género y etnicidad en el análisis de los impactos de la migración.

Por otro lado, las mujeres en estos estudios son pensadas fundamentalmente desde la perspectiva de las que se quedan. Las migraciones se analizan como trayectorias individuales masculinas articuladas a estrategias familiares en las cuales las mujeres, las relaciones de género y las diferencias generacionales son tomadas como variables neutras, que se acomodan a esta lógica colectiva pero que no necesariamente son significantes de relaciones de poder y desigualdad.

En todo caso, lo que interesa señalar de la revisión de estos estudios es que los fenómenos migratorios internos en el Ecuador fueron analizados desde una concepción de la migración que la entendió más allá de la movilidad de personas, como procesos de implicaban intercambios de información, flujos monetarios y materiales, dinámicas culturales de adaptación y resistencia y conformación de redes. Lo que en ese entonces fue concebido como constitutivo de las prácticas de determinado grupo cultural (campesino-indígena) tiene muchos parecidos con lo que describe la literatura sobre migración internacional como «comunidades transnacionales» y «familias transnacionales». Hay que señalar igualmente que los esfuerzos estuvieron orientados a analizar cómo estas unidades familiares se articulaban a la economía capitalista, precisamente sobre la base de un ordenamiento de género.

Ahora, ¿cómo podemos traducir este debate a las condiciones actuales? En primer lugar es necesario revisar cómo se ha articulado el género a los procesos migratorios desde la perspectiva de la economía global, es decir, desde un punto de vista estructural. En

segundo lugar, propongo analizar de qué manera los conceptos de comunidad y familia transnacionales potencian o limitan los análisis de género de la migración.

2. Género y globalización de los flujos laborales

Saskia Sassen (1998) sostiene la centralidad del género para entender los procesos migratorios, concebidos por esta autora, esencialmente, como globalización del trabajo. Para Sassen, existe una conexión entre las necesidades de las ciudades globales de contar con mano de obra a bajo costo y la feminización de la inmigración.⁷ Dos procesos estructurales explican la multiplicación de puestos de trabajo para la población inmigrante en las ciudades globales (del sur y del norte). En primer lugar, la crisis de la manufactura tradicional y la proliferación de sistemas flexibles de contratación como las maquilas y el trabajo a domicilio, principalmente ejercidos por mujeres. Y, en segundo lugar, la polarización y segmentación de los servicios. El crecimiento del sector financiero, de seguros o bienes raíces que trajo la globalización a las ciudades, estuvo acompañado de la proliferación de trabajos mal pagados (niñeras, cuidadoras de perros y ancianos/s, lavaplatos, guardias de seguridad, camareras, etc.). Se produjo una sobrevaloración de los primeros y una subvaloración de los segundos, generalmente no contabilizados, que vinieron a ampliar la economía informal.

En el caso ecuatoriano, esta interpretación nos permite entender parcialmente el giro en los perfiles de la migración.⁸ De acuerdo con estudios realizados en los lugares de destino (España e Italia, principalmente), las migrantes ecuatorianas efectivamente se insertan mayoritariamente en el trabajo doméstico y en el trabajo sexual, es de-

⁷ Para Sassen, buscar esta conexión se constituye en un objetivo político y epistemológico fundamental, «mi punto central es aprender sobre el poder a partir de su ausencia, mirando las fronteras que conectan los(las) sin poder con el poder» (Sassen 1998: 86).

⁸ No toda la migración se inserta en las ciudades, existen importantes flujos que se insertan en labores agrícolas en España; sin embargo, esta migración tiende a ser masculina.

cir, alimentan ese contingente de mano de obra de la economía sumergida o informal de las ciudades bajo condiciones de desprotección laboral (Colectivo IOE 1999). Esta forma de incorporación a mercados informales vuelve invisibles a las mujeres migrantes.⁹ Por otro lado, estudios sobre el trabajo en los talleres o manufacturas textiles de la ciudad de Nueva York describen, también, la presencia de importantes contingentes de inmigrantes ecuatorianas.

En definitiva, lo que queda claro del análisis de Sassen es que las mujeres en la globalización ya no estarían únicamente migrando en procesos de reunificación familiar, sino como trabajadoras independientes, dejando atrás a esposos e hijos. Su principal argumento es que la migración ocurre, fundamentalmente, porque la economía global promueve la demanda de mano de obra femenina y, más importante aún, porque el sistema de género favorece la producción de estos mercados laborales. Cómo se alteran las relaciones de género con este tipo de inserción laboral femenina ocupa un lugar secundario en su análisis.

Por el contrario, para otras autoras, la renegociación de las relaciones de género en contextos de migración ha sido uno de los temas privilegiados (Sweetman 2000, Harzig 2001, Grasmuck y Pessar 1991, Levitt 2001, Hondagneu-Sotelo 1994). De acuerdo con Sweetman, un análisis de la migración no se puede limitar a explorar las condiciones o causas de la misma, sino que debe relacionar estas condiciones con las diferentes experiencias migratorias y lo que estas significan para las mujeres en términos de estatus y de poder en relación con los hombres en sus comunidades. Esta autora plantea, por ejemplo, que se deberían observar los impactos de largo alcance de la migración femenina en términos de seguridad alimentaria, de violencia familiar, de liberación frente a relaciones tradicionales de interdependencia familiar, es decir, trascender los aspectos puramente económicos.

⁹ Esto se expresa fehacientemente en términos espaciales en el caso de las trabajadoras domésticas que pasan gran parte de su tiempo encerradas en una casa.

3. El género en la experiencia migratoria

Para un conjunto de autoras, la mirada desde el análisis de género a los procesos migratorios se enmarca en el rescate de los factores políticos y socioculturales por sobre las influencias macroeconómicas.

En un primer momento, en la década de 1980, las críticas señalaban que, a pesar de la creciente migración femenina en el ámbito mundial (actualmente se habla de un 50%), los análisis continuaban asumiendo el perfil del varón migrante, proveedor y aventurero, como el único modelo e invisibilizan a las mujeres en sus múltiples acepciones de migrantes: como trabajadoras autónomas, como parte de procesos de reunificación familiar, como refugiadas, como exiliadas (Sharpe 2001, Kelson y Delaet 1999). Otras autoras han ubicado esta misma invisibilización en la clásica dicotomía del migrante varón en busca de trabajo y de la migrante mujer que viaja para reunirse con su familia (Chant 1992). Es decir, la migración femenina se explica por razones familiares y las mujeres no son vistas como individuos independientes o autónomos. Lo contrario, experiencias de mujeres que migran por trabajo y hombres que viajan para reunirse con su familia, permanecían invisibles.

Un segundo conjunto de trabajos centran su atención más bien en el peso de las construcciones de género en la comprensión del fenómeno de la migración. Grasmuck y Pessar (1991), en un estudio sobre la migración dominicana a los Estados Unidos, señalan la importancia de tener en cuenta cómo las construcciones de género determinan o influyen en el proceso migratorio y ellas encuentran que, en muchas ocasiones, estas construcciones están atravesadas por conflictos y tensiones cuando enfrentan situaciones de cambio, como es el caso con la migración. Asimismo, la forma como son resueltos estos conflictos afecta el proceso migratorio. Por ejemplo, se encuentra que las mujeres cuyas identidades de género han cambiado como producto de la experiencia migratoria tienden a posponer su decisión de retorno.

Por su parte, Levitt (2001) analiza hasta qué punto cambian las relaciones de género a través de los procesos migratorios y cómo se transmiten y reproducen estos cambios en el ámbito de la comunidad transnacional. Como veremos más adelante, esta autora utiliza el concepto de remesas sociales para referirse a las ideas, valores, normativas y prácticas sociales que introduce la experiencia migratoria en las comunidades de origen y que pueden, entre otros factores, incluir nuevos valores y normas respecto a las relaciones de género. La autora, sin embargo, concluye que estos cambios son lentos y que, si bien es posible vislumbrar ciertas modificaciones en el nivel de las prácticas sociales, estos cambios no son necesariamente deseados por todos y no siempre cuentan con las oportunidades estructurales para realizarlos.

Por último, Hondagneu-Sotelo (1994), quien se centra en el análisis de la experiencia de comunidades de mexicanos inmigrantes en California, sugiere que las relaciones de género determinan modelos de migración y, a su vez, estos modelos pueden cambiar las relaciones de género. Para Hondagneu (1994), los arreglos de género cumplen el papel de mediar entre los factores políticos y económicos y los modelos de migración. Esta autora encuentra que el nuevo mundo de relaciones en las que se insertan las mujeres inmigrantes y los procesos de reasentamientos en general tienden a debilitar las estructuras patriarcales en la familia. Además, aboga por la centralidad de las relaciones de género por sobre la unidad familiar para un análisis más abarcativo de la migración que tome en cuenta no solo las experiencias de las familias, sino también aquellas de las mujeres migrantes independientes.

En definitiva, la recuperación de la experiencia de las migrantes, con sus especificidades y diferencias respecto a la trayectoria de los varones y su ubicación analítica en un campo social atravesado por desigualdades de clase, étnicas y de raza, fue un elemento que permitió, en un segundo momento, pensar los fenómenos de la migración desde la perspectiva de género. Sin embargo, estos procesos no pueden ser interpretados únicamente en el marco de las

diferentes experiencias femeninas y masculinas. Uno de los aspectos claves en la comprensión de las dinámicas migratorias es el papel que juega la familia, entendida esta como locus de soporte social y emocional, pero, también, como un campo conflictivo de circulación de relaciones de poder entre los diferentes miembros que la conforman.

4. La comunidad y la familia transnacional

Los conceptos de comunidad y familia transnacional aparecen en los estudios sobre migración internacional en la década de 1990, junto con una crítica a los modelos explicativos basados en el paradigma de *push-pull* (expulsión-atracción), y abogan por una comprensión más integral y procesal de los fenómenos migratorios (Canales y Zolniski 2000). Las comunidades transnacionales vienen a ser «campos sociales» que se conforman en espacios transnacionales en los cuales se producen flujos de personas, de información, de dinero y de bienes materiales. Dentro de estos campos circulan redes sociales y capital simbólico, además de económico. Es decir, concomitantemente, también circulan relaciones de poder.

Para Levitt (2001), situar el análisis de la migración en este nivel meso, entre la estructura y la experiencia individual (nótese la similitud con los estudios anteriores), permite captar la experiencia migratoria en toda su complejidad. Las redes sociales actúan como mediadoras de los cambios macroestructurales, facilitan la respuesta a los cambios que trae la migración y, al mismo tiempo, permiten que esta se convierta en un sistema social autosustentable (Grasmuck y Pessar 1991). Las redes transnacionales se conforman cuando la reproducción de la vida social y económica de determinado grupo social rebasa las fronteras nacionales. El análisis de estos lazos implica una mirada atenta a la vida cotidiana y a las prácticas de intercambio y de reconocimiento de estatus, a los cambios en los entornos físicos y a lo que Levitt llama las remesas sociales. Es decir, las ideas, comportamientos y flujos de capital social que lle-

gan como producto de la migración (Levitt 2001: 54). Este concepto permite captar los nuevos productos culturales que emergen en estos intercambios transnacionales y si estos afectan o no la vida de las personas inmersas desde el lugar de origen en un campo social transnacional. Por ejemplo, se podría observar hasta qué punto la experiencia migratoria introduce cambios en las normas y construcciones de género.

Para Canales y Zolniski (2000), la globalización permite la existencia de las comunidades transnacionales en la medida en que la revolución en los transportes y la revolución de las comunicaciones son factores que facilitan su conformación y reproducción, ya que permiten conexiones más íntimas. También brindan a las personas migrantes la habilidad de intervenir en las decisiones del día a día en sus hogares de origen. Las tecnologías visuales como los vídeos y las fotografías ayudan a crear una sensación de cercanía que antes no existía. Al mismo tiempo, debido a las disparidades entre países ricos y pobres en la globalización, las comunidades transnacionales operan como paliativos a situaciones de vulnerabilidad social provocadas por los procesos de segmentación y desprotección del mercado de trabajo laboral. «Las redes sociales que conforman las comunidades transnacionales son estrategias de respuesta para enfrentar los costos de entrada a mercados laborales que operan con una lógica globalizada y por tanto son una forma de reproducción de las condiciones de subordinación generadas por la globalización» (Canales y Zolniski 2000: 5-24).

Asimismo, al modificar ciertos patrones de consumo en las sociedades de origen y producir encarecimiento de ciertos productos, la migración vuelve cada vez más imprescindible la existencia de las comunidades transnacionales, puesto que los salarios locales no pueden competir con las remesas, es decir, se convierte en un círculo vicioso. La migración ofrece la solución al mismo problema que crea (Levitt 2001). Esto se traduce también en términos de estatus social. Así como los no migrantes dependen de las remesas de los migrantes, estos últimos dependen de los primeros para alcanzar

reconocimiento y estatus social. En efecto, las comunidades de origen siguen siendo los principales referentes identitarios. Además, debido a que los migrantes pierden estatus social en las sociedades receptoras, es muy importante obtener reconocimiento en la sociedad de origen y demostrar que se ha triunfado. De ahí que esto se materialice en determinados consumos, cambios en las viviendas, adquisición de bienes de lujo, entre otros. Estas señales de estatus son más efectivas que la inversión o el ahorro, a pesar de que económicamente hablando sean irracionales y al final produzcan un aumento de la dependencia frente a las remesas. En ese sentido, las transformaciones en términos de estatus y movilidad social que produce la migración son una suerte de violencia simbólica que coloca a las comunidades transnacionales en un proceso de reproducción de su propia dependencia. En otras palabras, a la vez que se conforman redes de inclusión, también se constituyen en redes de exclusión y de dominación (Canales y Zlotniski 2000, Sassen 1998).

Partiendo de este marco estructural de inclusión y exclusión, cuáles son las potencialidades y límites de los conceptos de comunidad transnacional para el análisis de género?

En primer lugar, uno de los giros más importantes que introducen estos conceptos es ampliar el marco de análisis de los fenómenos migratorios y mirar a la migración como una práctica social que está presente en el horizonte de vida de las personas que pertenecen a ese campo desde sus distintas posiciones: como migrantes, como cónyuges, desde la posición de hijos/hijas, como integrantes de la misma comunidad, como agentes económicos, políticos, etc. Es decir, involucra y articula de manera simultánea a los que se van, pero también a la comunidad de origen y de destino en su conjunto. De esta manera, las mujeres no solo aparecen en sus distintos papeles de migrantes, más o menos invisibles, sino que pueden ser analizadas fundamentalmente desde un punto de vista relacional respecto a todo el campo (Sweetman 1998). Así, la migración se convierte en un campo social permeado, entre otras cosas, por desigualdades y jerarquías de género. El objetivo del análisis es enton-

ces desentrañar cuáles son los procesos dentro de la dinámica de la conformación y reproducción de las comunidades transnacionales, en los cuales las relaciones de género son especialmente significativas. Por ejemplo, el género permite observar que la migración no solo depende del ámbito de la producción (el envío de remesas), sino también de la reproducción (el cuidado de los que se quedan). Por tanto, se debe tomar en cuenta el trabajo de las personas cuidadoras, trabajo generalmente a cargo de mujeres y que, con el envío de remesas, empieza a entrar en una lógica de remuneración informal.¹⁰ Esta sería una manera de visualizar también la sobrecarga de trabajo de algunas de las actrices inmersas en este proceso, como son las hijas mayores y las abuelas.

En ese sentido, la trayectoria individual de los y las migrantes solo puede adquirir un sentido más integral si conocemos cuál era la situación anterior y qué es lo que sucede simultáneamente dentro de la familia, la división de tareas y obligaciones entre los géneros y las generaciones en diferentes espacios locales (Sweetman 1998).

Por otro lado, algunas autoras han resaltado el papel decisivo de las mujeres en el proceso de construcción de las comunidades transnacionales. Las mujeres han sido vistas como signos de asentamiento y no de temporalidad. En este punto se parecen mucho a las visiones sobre las mujeres indígenas que tenían los estudios sobre migraciones internas; la diferencia está en que, en las comunidades transnacionales, las mujeres negocian estrategias y opciones de género (Harzig 2001).

La pertenencia a una comunidad transnacional permite redefinir el sentido de la presencia física por presencias imaginadas, no solo de la información o de los intercambios materiales y simbólicos que fluyen a través de estas redes, sino también a través de

¹⁰ Inclusive se ha encontrado que las remesas son motivo de disputa entre familiares respecto a quién asume el cuidado de los menores que se quedan. Esto demuestra que el cuidado está hasta cierto punto monetarizado en la relación de las familias transnacionales.

formas de ejercicio del poder intrafamiliar. Esto está muy presente cuando se analizan los mecanismos de control de las remesas por parte de los esposos transnacionales hacia sus parejas y el control de la sexualidad de las mujeres a través de las redes de parentesco. Es decir, desde el punto de vista de las relaciones de género, estas redes son espacios de reproducción de relaciones de poder y desigualdad entre hombres, mujeres, padres/madres e hijos.

El problema es que no todos los estudios señalan explícitamente las relaciones de desigualdad que se reproducen en estos campos y entre ellas el papel central de las relaciones de género (Hondagneu-Sotelo 1997, D'Aubeterre 2001). En este punto pasamos de la idea de comunidad transnacional a la de familia transnacional como un espacio necesario de análisis para comprender las relaciones de género. Así, por ejemplo, para d'Aubeterre, los flujos migratorios estarían conformando un tipo de familia transnacional que no necesariamente rompe con los patrones hegemónicos de la familia, a pesar de que se trastocan muchas de las prácticas cotidianas. La conyugalidad a distancia, que supone la no coresidencia, las continuas negociaciones entre marido y mujer en la toma de decisiones concernientes a los procesos de producción y reproducción que involucran al grupo doméstico, la fidelidad femenina y la mantención de los bienes sociales y simbólicos, tales como el honor y el prestigio tienden a ser procesos conflictivos (Grasmuck y Pessar 1991). Asimismo, como lo ha señalado Hondagneu-Sotelo (1997), esta nueva modalidad de familia implica diversas formas de explotación económica encubiertas por la ideología del parentesco y no conlleva a un cuestionamiento de las representaciones hegemónicas de género. En otras palabras, no se toma en cuenta los juegos de poder que permean las decisiones e intereses de las estrategias familiares. No todos los miembros de la familia actúan en igualdad de condiciones ni cuentan con las mismas capacidades de negociación. Estos fueron los elementos que los estudios sobre migraciones internas no tomaron en cuenta.

Esta crítica ya fue planteada por la antropología feminista que demostró que, al tratar a la familia como un todo unificado y uniforme, se invisibiliza las desiguales relaciones de poder existentes en su interior, los valores culturales e ideológicos que moldean la asignación de roles, la construcción de las identidades y las condiciones de reproducción de las personas (Moore 1988).

El concepto de «familia transnacional» nos alerta ya en su definición sobre las desigualdades dentro de la familia; «como cualquier familia, las familias transnacionales deben mediar formas de desigualdad entre sus miembros: diferencias en el acceso a la movilidad, a los recursos, a varios tipos de capital y estilos de vida (Bryceson y Vuorela 2002: 5). Lo importante para estas autoras es que las familias transnacionales actúan como soportes y son fuentes de identidad pero, al mismo tiempo, su estructura misma produce riesgos y desestabilizaciones permanentes. En efecto, lo que se observa es que se produce una agudización o exacerbación de los conflictos que encontramos en las familias comunes, especialmente de los conflictos de género e intergeneracionales.

Por ejemplo, de acuerdo con Levitt (2001), en contextos en que la producción y la reproducción son procesos que tienen lugar de manera separada, no siempre está claro el manejo de los mecanismos de toma de decisiones o las relaciones de poder entre sus miembros y puede ser motivo de conflictos, especialmente intergeneracionales. Por ello, las familias transnacionales se ven abocadas, más que cualquier otro tipo de familia, a trabajar sus lazos familiares, a forjarlos de manera permanente a través de múltiples vías (las remesas, los regalos, la presencia material en las comunidades, las fotografías, la comunicación, etc.), con el fin de paliar los riesgos que la distancia coloca para asegurar su reproducción. Esta perspectiva se propone precisamente analizar los múltiples mecanismos a través de los cuales la familia distante se materializa, se fortalecen los lazos de familia y los lazos comunitarios y resalta la formación selectiva de lazos emocionales y materiales. Debido a la distancia y los encuentros físicos esporádicos, las familias transna-

cionales deben construir sus nociones de familia y su utilidad emocional y económica más deliberadamente, y no darla por sentada sobre la base de la interacción cotidiana. En ese sentido, en ausencia de la proximidad física, la familia requiere ser racionalizada.

Esta perspectiva acentúa el carácter socialmente construido de la familia, sin negar la existencia de relaciones de poder en su interior y de procesos selectivos que los distintos agentes emprenden para actuar dentro de sus redes. Pero aún no capta totalmente la complejidad de transformaciones familiares que implican los procesos migratorios.

Si bien esta es una entrada muy interesante para mirar por ejemplo la recreación de concepciones de maternidad o paternidad entre integrantes de una familia transnacional y adentrarnos en un análisis de las ambigüedades que trae consigo la experiencia vivida e imaginada de la familia, hay que señalar que presupone o se orienta hacia la permanencia del vínculo familiar. Por definición, las familias transnacionales crean un sentido de pertenencia. Ahora, la migración también crea rupturas y/o dos o tres familias superpuestas. Este tipo de procesos no parecen estar visibles en este concepto.

En definitiva, lo que este recorrido ha buscado resaltar es que el análisis de género nos permite evitar el excesivo familismo y comunitarismo que prevaleció en las interpretaciones sobre migraciones internas. Esta misma tendencia puede encontrarse en los estudios sobre migración internacional que se están desarrollando en el Ecuador. Este recorrido por lo caminado hasta ahora y un ejercicio que discrimine los elementos realmente nuevos del fenómeno migratorio reciente de los ya experimentados con procesos anteriores, permitirá evitar lecturas que únicamente victimizan o condenan a las mujeres migrantes e invisibilizan su actuación.

Al mismo tiempo, es necesario rescatar un nivel meso de análisis, el de la familia y/o de la comunidad, que enmarque las actuaciones individuales de hombres y mujeres, de manera diferenciada y

que sea permeable a las determinaciones estructurales. En ese sentido, muchos de los aportes de los estudios sobre migraciones internas necesitan ser retomados. Sin embargo, este nivel meso de la familia debe tener en cuenta que la experiencia femenina está mediada por familias y por comunidades transnacionales entendidas como campos de exclusión y de pertenencia al mismo tiempo, en los cuales circulan y se reproducen relaciones de poder. Dimensiones estas últimas que no fueron tomadas en cuenta en los trabajos de la década de 1980.

Por último, es necesario profundizar en estudios que permitan desmontar los discursos de género que se crean alrededor de la migración, por ejemplo, aquellos en torno de la familia, las mujeres migrantes y los hijos e hijas de migrantes. Es decir, hacernos cargo seriamente de la construcción simbólica alrededor de los cambios en los perfiles migratorios y las relaciones sociales en entornos migratorios.

Bibliografía

Barsky, Oswaldo et al (1984). *Mujer y transformaciones agrarias*. Quito: Ceplaes.

Bryceson, Deborah y Ullo Vuorela (2002). *The Transnational Family. New European Frontiers and Global Networks*. Oxford University Press.

Borrero, Ana Luz et al (1995). *Mujer y migración: alcances de un fenómeno nacional y Regional*. Quito: Abya Yala.

Canales, Alejandro y Christian Zolniski (2000). «Comunidades transnacionales y migración en la era de la globalización». Ponencia presentada en el Simposio sobre Migración Internacional en las Américas. San José, Costa Rica. 4 al 6 de septiembre.

Carpio, Patricio (1992). *Entre pueblos y metrópolis*. ILDIS-Cuenca. Ecuador.

Carrasco, Hernán y Caroa Lentz (1985). *Migrantes campesinos de Licto y Flores*. Ecuador: Abya-Yala.

Chant, Silvia (1992). *Gender and Migration in Developing Countries*. Londres: Belhaven.

Colectivo Ioé (1999). *Inmigrantes, trabajadores, ciudadanos: una visión de las migraciones desde España*. Valencia.

Cuvi, María (1993). «Dónde están las mujeres pobres del campo,» en *Revista RURALTER- CICDA*. N° 11 y 12. Bolivia.

D'Aubeterre, María Eugenia (2001). «¿Todos estamos bien? Género y parentesco en familias de transmigrantes poblanos.» Ponencia LASA, Washington DC. Septiembre 6-8.

Farrel, Gilda et al (1988). *Caminantes y retornos*. Ecuador: Instituto de Estudios Ecuatorianos.

Grasmuck, Sherri y Patricia Pessar (1991). *Between two Islands. Dominican International Migration*. Berkeley: Universidad of California Press.

FLACSO-Banco Central del Ecuador (2003). Encuesta sobre condiciones laborales, módulo de migración. Febrero-abril.

Herrera, Gioconda (2001). «Los estudios de género: entre el conocimiento y el reconocimiento,» en *Antología de estudios de género*. Quito: FLACSO.

Herrera, Gioconda y Alexandra Martínez (2002). «Género y migración en la región sur.» Informe de investigación. Ecuador: FLACSO. Mayo.

Harzig, Christiane (2001). «Women Migrants as Global and Local Agents,» en Sharpe, Pamela (ed.). *Women, Gender, and Labour Migration. Historical and Global Perspectives*. London, New York: Routledge.

Holgado Fernández, Isabel (2000). «Las nuevas retóricas de la inmigración femenina: la prostitución en las calles de Barcelona.» Ponencia presentada en el Congreso Mundial sobre migración realizado en la Universidad Autónoma de Barcelona.

Hondagneu-Sotelo, Pierrette (1997). «I am Here, but I am There»: The Meanings of Latina Transnational Motherhood,» en *Gender and Society*. Vol. 11, nº 5. Pp. 548-565.

——— (1994). *Gendered Transitions*. Berkeley: University of California Press.

Jokisch, Brad (2001). «Desde Nueva York a Madrid: tendencias en la migración Ecuatoriana,» en *Ecuador Debate*, nº 54. Diciembre. Pp. 59-84.

——— (1998) «Landscape of Remittances: Migration and Agricultural Change in High Lands of South Central Ecuador.» Tesis Doctoral. Universidad de Clark.

Kelson, Gregory A. y Debra Delaet (1999). *Gender and Immigration*. York University Press.

Kyle, David (2001). «La diáspora del comercio otavaleño: capital social y empresa transnacional,» en revista *Ecuador Debate*. Nº 54. Diciembre. Pp. 85-110.

——— (2000). *The Transnational Peasant: Migration Networks and Ethnicity in Andean Ecuador*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Lentz, Carola (1991). *Buscando la vida. Trabajadores temporales en una plantación de azúcar.* Quito: Abya-Yala.

——— (1985). «Estrategias de reproducción y migración temporaria. Indígenas de Cajabamba / Chimborazo», en *Ecuador Debate. Migraciones y Migrantes* N° 8. Ecuador: CAAP.

Levitt, Peggy (2001). *Transnational Villagers.* Berkeley: University of California Press.

Martínez, Luciano (1985). «Migraciones y cambios en las estrategias familiares de las comunidades indígenas de la sierra», en *Ecuador Debate. Migraciones y Migrantes* N° 8. Ecuador: CAAP.

Moore, Henrietta (1988). *Feminism and Anthropology.* Minneapolis: University of Minnesota Press.

Pachano, Simón (1985). «Migración desde un pueblo serrano: Guaytacama», en *Ecuador Debate. Migraciones y Migrantes* N° 8, Ecuador, CAAP.

Poeschel, Ursula (1986). *La mujer salasaca. Transformaciones socio culturales.* Quito: Abya Yala.

Pribilsky, Jason (2001). «Los niños de las remesas y traumas de la globalización,» en revista *Ecuador-Debate.* N° 54. Diciembre. Pp. 127-154.

Rosero, Fernando (1986). «El papel del trabajo femenino en las economías campesinas comunales». Quito: PUCE-CONUEP. Mimeo.

Sassen, Saskia (1998). *Globalization and its Discontents. Essay on the New Mobility of People and Money.* New York: The New Press.

Sharpe, Pamela (ed.) (2001). *Women, Gender and Labour Migration. Historical and Global Perspectives.* Londres y Nueva York: Routledge.

Stolen, Kristi Ann (1990). *A media voz.* Quito: Ceplaes.

Sweetman, Caroline (1998). *Gender and Migration.* OXFAM-GB.

Comentarios

Marfil Francke

El trabajo de Gioconda, más que una investigación, me parece un ensayo sumamente sugerente. Los estudios sobre migraciones son un terreno donde se puede reintegrar las dimensiones económicas, sociales, culturales y políticas para salir de las visiones parciales y segmentadas. Además, las migraciones son un terreno donde se articulan los fenómenos locales y los fenómenos globales. Gioconda hace un análisis que reintegra los niveles individuales, familiares y comunales con las dinámicas estructurales más amplias, con los procesos de globalización, con los mercados de trabajo globales. También logra articular el debate sobre los procesos a través de los cuales se generan o se recrean identidades y la esfera de la dominación simbólica. Tal como ella señala, ha tratado de rescatar, y me parece que lo logra con mucho éxito, herramientas conceptuales que se generaron para el análisis de las migraciones en la década de 1970, tales como las redes sociales, las estrategias familiares de sobrevivencia, la articulación entre formas de producción diferentes. Me parece sumamente positivo que se recuperen estas herramientas siempre y cuando las podamos reintegrar de una manera coherente a un sistema teórico o explicativo. En ese sentido hay un logro muy interesante. Lo que extraño en su análisis es la articulación de la dimensión étnica. Creo que cuando trabajamos los procesos de exclusión debemos volver a tratar de reintegrar nuestra perspectiva de género con los análisis de la construcción de etnicidades.